

Phoneutria Mephistophelon

Karen Velásquez

karen.velasquezq@upb.edu.co

Estudiante de la Licenciatura en Español - Inglés de la Universidad Pontificia Bolivariana. Siente una atracción natural por las artes plásticas. En lo literario prefiere inclinarse por lo poético y las novelas. Entre sus temáticas de lectura favoritas están el terror, la ficción y la fantasía.

—¡Llegó el matasanos! —Gritaba la multitud mientras lo veían caminar con pasos apurados y torpes sobre el suelo de piedras. Cabello largo y canoso; unos lentes con el cristal izquierdo medio roto y un abrigo negro de pana con más remendados que botones. Días atrás recibió una carta donde pedían su ayuda y había venido corriendo desde el pueblo vecino porque no le quedaba ni un céntimo para pagar transporte.

—Óiganme bien ¡hay que matar a todos los gatos de esta región! —se escucharon gritos desde el zaguán. El doctor subió las escaleras y lo vio ahí postrado dando órdenes a sus empleados; no parecía tan enfermo como se lo describieron en la carta.

—Cuénteme, señor alcalde ¿cómo se siente?

—¡Horacio! mi querido amigo, por fin alguien sensato con quien hablar. Yo me siento perfectamente bien. Esta gente no se da cuenta de lo que está pasando —¿Y qué es lo que está pasando, Vicente? —En definitiva, algo estaba ocurriendo. El alcalde nunca se dirigiría a Horacio con tales palabras amables; no desde aquella pelea.

—Déjeme le cuento —Horacio tomó asiento —Todo empezó hace una semana cuando regresé de mi viaje de un mes por el Amazonas. Estuve en una expedición donde aprendí de los nativos todo tipo de cosas, me enseñaron sus medicinas, conocí nuevas especies y..., bueno, ese no es el caso. La noche de mi regreso, me disponía a dormir después de haber resuelto algunos asuntos que ocurrieron en mi ausencia y, de repente, vi una sombra pasar por mi ventana. Claramente fui a investigar. Unos ojos brillantes me miraban desde la distancia en medio de la oscuridad, no sentí pánico. Solo un poco de miedo, Horacio.

—¿Y logró identificar a quien pertenecían aquellos ojos?

—Era un gato.

—¿Un gato?

—Sí. Un gato. Horacio, no me diga que está dudando usted también de mí.

—No, no es eso. Prosiga. ¿Qué pasó luego?

—Lo espanté y se fue. Pero ahí no acaba todo. A la siguiente noche había tres pares de ojos mirando hacia mi ventana, ¿sabe qué hice? Saqué mi escopeta y les disparé. Tres tiros, no le di a ninguno. ¡Esos malditos! Pero aquí viene lo peor.

Era por la tarde del día siguiente, estaba recostado en mi oficina en la alcaldía y de repente entró en ella el gato más grande que haya visto en mi vida; era negro, con ojos amarillos y me estaba mirando furioso, estoy seguro de que algo quiere de mí. Desde ese día me persigue, Horacio. Lo veo trepado en cada árbol y no para de decirme que ya se acerca la hora. Mandé a cortar el guayacán de la casa porque allí se posaba siempre mirando a mi habitación por la ventada y diciéndome “Vicente, Vicente, no corras más, ya se acerca la hora...”

—¿Y qué pasó con el gato cuando cortaron el árbol? —Horacio no sabía que pensar de lo que estaba escuchando, era una historia cuanto menos bizarra.

—Ese demonio perdió toda vergüenza, desde antes de ayer viene cada madrugada y se sienta a mis pies mientras duermo, siento su peso en mi cama cuando llega, entonces me despierto, pero tengo miedo de abrir los ojos por completo. Solo me mira y repite lo mismo, yo no sé cuál hora se acerca. Estoy seguro de que es un demonio encarnado o el mismísimo lucifer, ¡Mefistófeles! Por eso quiero que maten a todos los gatos negros. Ayúdeme, Horacio. Usted sabe de esto más que yo.

—Entiendo. Veré que podemos hacer. ¿Le molesta si me hospedo aquí unos días?
—Horacio aprovechó la repentina amabilidad de Vicente.

—En absoluto. Siéntase como en casa. Beatriz se encargará de todo lo que usted necesite.

El doctor sacó de su botiquín de cuero, tan antiguo como él, un bote de pastillas para los nervios —Dele tres al día, y sígale la corriente —se las dio a la joven Beatriz y se fue a su dormitorio. Vicente aparentemente no se encontraba enfermo y, aunque lo estuviera, no le confiaría la vida al matasanos. Solo permitió su estadia porque sabía que Horacio poseía ciertas habilidades como hierbatero y chamán. Quizás esto era lo que necesitaba para enfrentar a los demonios que lo perseguían.

—Podría ser demencia. Esto que me cuenta es una locura, necesito indagar más. Voy a demostrar que soy un buen médico, ¡el mejor!

Desde la media noche empezó a deambular por la casa guiándose apenas con la tenue luz de una vela. Recorrió todo y miro hacia afuera desde todas las ventanas. Luego, esperó paciente afuera de la habitación de Vicente a ver si podía oír alguna cosa, pero solo el canto de las cigarras resonaba en sus oídos. Apagó la vela, entró muy despacio en la alcoba y se sentó en una esquina a esperar. Pasaron un par de horas, no sucedió nada y Horacio durmió en el suelo arrullado por el sonido de la respiración de Vicente.

Un grito despertó a toda la casa, Beatriz encendió la luz y entró corriendo al cuarto del alcalde. Estaba parado en medio, amenazando a Horacio con un póquer de chimenea.

—¡Jefe! – Beatriz se escandalizó al ver la escena.

—Vicente, tranquilo. Solo soy yo —Horacio se había levantado de un susto con el grito del alcalde.

—Maldita sea, que está haciendo usted aquí a estas horas. Pensé que era el gato, por poco le atravieso el pecho con esto.

Pasaron dos días y no hubo más noticias de la criatura negra de ojos luminosos.

—Lo hizo, Horacio. No me ha vuelto a visitar, no lo he vuelto a escuchar. Se lo agradezco mucho, amigo.

—Yo no he hecho nada, Vicente. Yo quiero que me cuente un poco más de lo que hizo en su expedición, ¿pasó algo extraño? Necesito que relate todo a detalle.

—Me parece maravilloso, pero tendrá que ser mañana. Estoy agotado.

El alcalde estaba convencido de que Horacio había conjurado la casa o algo parecido. Lo único que Horacio había hecho era recorrer la casa por las noches y darle pastillas para el estrés. Ahora quería averiguar sobre lo que Vicente hizo antes de volver al pueblo, pues la brecha entre el viaje y la extraña situación era muy corta. Esa misma noche Horacio sintió un escalofrío mientras patrullaba la casa; revisó silenciosamente cada habitación y cuando pasó por fuera de la del alcalde, escuchó risas. Vicente se estaba riendo y hablaba con alguien más. Horacio se quedó paralizado por un momento, pero tenía que ver lo que estaba pasando ahí dentro. Apagó la vela y con mucho cuidado abrió un poco la puerta, no podía ver mucho. Seguía escuchando la risa y esa otra voz sin entender que decía. Miró a la ventana y había dos siluetas, no lo podía creer. La más pequeña se percató de su presencia y lo miró fijamente, los ojos brillaban en medio de la oscuridad. La otra figura era Vicente quien paró de reír y empezó a mirarlo también sin decir palabra, su cara parecía desfigurarse. Horacio sintió como si se le congelaran los huesos de columna y sin decir palabra corrió a su dormitorio. Fue inevitable sentir que aquellos dos lo estaban persiguiendo, pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Horacio trancó la puerta con una silla y se metió debajo de sus cobijas repitiéndose que había sido solo una pesadilla.

En la mañana, tocaron insistentemente a su puerta mientras se oían gritos desesperados. Era Beatriz; Vicente había amanecido muerto.

—Hace un rato vine a traerle el desayuno y no se despertaba. Luego lo moví un poco y sentí mucho frío. Me pareció muy raro y por eso fui a buscarlo a usted. Aún no lo puedo creer, pero si ayer estaba bien.

—Trate de calmarse un poco, Beatriz.

Horacio estaba más asustado que todos, pero no podía mostrarse preocupado ante nadie. Lo que vio anoche no tenía como explicarlo. Solo entendió que Vicente tuvo razón todo el tiempo y no debió dudar de su palabra.

Aún con miedo del Vicente macabro que había visto anoche, tomó aire y empezó a revisar cada centímetro de su cuerpo helado e inmóvil. Todo parecía estar en orden, muerte natural diría. Pero entonces, vio una pequeña marca roja atrás de su cuello, algo oculta por el cabello; una picadura. Dedujo que era de hace unas dos semanas. No podía creer que no la hubiera visto antes, se cuestionó todo lo que sabía de medicina hasta el momento. Llamó a los empleados para que se encargaran del resto. Omitió lo de la picadura.

—Es mi culpa, toda mi culpa. Me merezco ese apodo, me lo merezco. No era demencia, ¿eran alucinaciones entonces? Pero yo mismo vi al felino... —Se repetía Horacio mientras acostado miraba el techo, aun aturdido por todo. Afuera era un caos; ruido, llanto. Nadie fue a tocar su puerta más. Supusieron que Horacio estaba derrotado por lo sucedido, pues a pesar de todo, fueron muy buenos amigos durante años. Horacio estaba incrédulo y devastado por su incompetencia.

El sol se ocultó. No se atrevió a salir a darle la cara a nadie. No podía parar de pensar en lo que había visto en la habitación de Vicente. Se culpaba por no haber entrado y haber enfrentado a esos ojos brillantes. Tampoco sabía cómo se relacionaba lo del gato con la picadura. Cerró los ojos para tratar de dormir y no pudo. Era la noche más oscura desde que llegó ahí, apenas si podía ver lo que tenía delante. En la madrugada sintió algo moverse al pie de su cama, un peso que se asentaba sobre él. Esos ojos, los mismos que había visto en la ventana de Vicente. Estaba perplejo. Horacio estaba viendo lo que su amigo veía cada noche, aunque no estaba seguro si era un gato o no, podría ser cualquier cosa.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Quién... qué es usted?— Estaba dispuesto a enfrentar a lo que sea que fuera esa cosa. No iba a cometer el mismo error dos veces —¿Mató a Vicente? —Los ojos, como dos Sirios, cada vez más encendidos, parece que querían ver hasta lo más profundo de su alma. Horacio sudaba frío.

—Ya no corra, Horacio.

Ese día no salió de su alcoba y no comió bocado. No quiso abrir la puerta ni hablar con nadie, estuvo mirando a un punto fijo, paralizado. Se perdió el entierro de Vicente y aunque Beatriz trató de convencerlo, ni siquiera recibió una sola palabra de Horacio. El sol se estaba ocultando y tenía miedo de lo que iba pasar, lo presentía. Decidió levantarse y empacar sus pocas cosas, estaba decidido a huir lo más pronto posible a donde fuera antes que cayera la noche por completo. Salió apurado con su botiquín y su abrigo. No había nadie en la casa, todos estaban llorando a Vicente. Mientras bajaba las escaleras escuchó esa voz de nuevo.

—Horacio, Horacio, ya no corras más, ya se acerca la hora.

—Sé que me lo merezco. ¡Lo maté, lo maté, por eso me dicen el matasanos! — Gritaba Horacio mientras dejaba la casa corriendo.

A lo lejos venían varias personas de negro, quizá volvían del entierro. No tenía tiempo de dar explicaciones, así que correría entre ellos sin decir nada. Cuando se iba acercando más a ellos vio que no eran más que sombras con ojos y sin rostro que se deformaban y lo miraban mientras le repetían sin cesar que ya no tenía que correr.

—¡Murió el matasanos! —Gritó toda la gente del pueblo. La multitud se acercaba con morbo a ver su cadáver que guardaba el rastro de una sonrisa.